

Capítulo 8

EL LENGUAJE

Este capítulo pretende realizar una breve introducción a la lingüística antropológica. Comienza con un análisis de los rasgos de los lenguajes humanos que hacen posible la universalidad semántica. A continuación, se establece la distinción entre unidades fonéticas y fonémicas. Se explora la relación entre lenguaje y cultura y, finalmente, se ilustra el papel de la conciencia en el cambio cultural por medio de los procesos de cambio lingüístico.

El despegue cultural

Con la aparición del *Homo sapiens* las relaciones entre la evolución cultural y biológica sufrieron un profundo cambio. Durante los últimos 100.000 años el tamaño medio del cerebro humano no ha aumentado (de hecho, ha disminuido). Sin embargo, la complejidad y el nivel de cambio de los sistemas socioculturales humanos ha aumentado en muchos órdenes de magnitud. Este hecho deja bien sentado que para comprender los últimos 100.000 años de la evolución de la cultura se debe dar un mayor énfasis a los aspectos culturales que a los biológicos. La selección natural y la evolución orgánica están en la base de la cultura, pero una vez que la capacidad cultural se desarrolló totalmente, podían surgir y desaparecer gran cantidad de diferencias y similitudes culturales de forma totalmente independiente de los cambios en los genotipos. Volveremos sobre esta importante cuestión en el capítulo 9.

El lenguaje y el despegue cultural

Estrechamente vinculada con el despegue cultural se halla la capacidad exclusivamente humana para el lenguaje y para los sistemas de pensamiento asistidos por el lenguaje. Mientras que otros primates utilizan complejos sistemas de señales para facilitar la vida social, los lenguajes humanos son cualitativamente diferentes de todo cualquier otro sistema de comunicación animal. Indudablemente, los rasgos exclusivos que caracterizan a los lenguajes humanos derivaron de cambios genéticos relacionados con la creciente dependencia por parte de los primeros homínidos de las tradiciones de empleo de útiles, así como de otras actividades sociales que se vieron alentadas por el intercambio y almacenamiento de la información.

Una manera de sintetizar las características especiales del lenguaje humano es decir que hemos alcanzado la «universalidad semántica» (Greenberg, 1968). Un sistema de comunicación que posee *universalidad semántica* puede transmitir información acerca de aspectos, dominios, pro-

piudades, lugares o acontecimientos del pasado, del presente o del futuro, tanto reales como posibles, verdaderos o imaginarios, cercanos o lejanos.

Los simios y el lenguaje

En los últimos años, una serie revolucionaria de experimentos ha mostrado que las diferencias entre las capacidades de simbolización y gramática de los hombres y de los simios no son tan grandes como se creía anteriormente. No obstante, estos mismos experimentos han puesto en evidencia que factores innatos propios de la especie impiden que la distancia entre unos y otros desaparezca completamente. Se han llevado a cabo muchos intentos vanos para enseñar a los chimpancés a hablar en la forma humana. Después de seis años de adiestramiento intensivo, el chimpancé Viki aprendió tan sólo a decir «mamá», «papá» y «taza». Con la demostración de que el conducto vocal de los simios no permite anatómicamente la producción de algunos sonidos necesarios para el habla humana, la atención se ha desplazado a tratar de enseñarles a usar lenguajes de signos y a leer y escribir (figura 8.1). Washoe, una chimpancé, aprendió 160 signos estandarizados diferentes del Ameslan (American Sign Language: Lenguaje de Signos Americano). Washoe fue capaz de usar estos signos de una manera productiva. Primero aprendió el signo de «abierto» con una puerta concreta y después amplió espontáneamente su uso más allá del contexto inicial de adiestramiento, en primer lugar, a todas las puertas cerradas y, a continuación, a recipientes cerrados tales como frigoríficos, aparadores, cajones, carteras, cajas y tarros. Cuando Susan, una ayudante de investigación, pisó la muñeca de Washoe, ésta encontró muchas maneras de decirle lo



FIG. 8.1 *Nim Chimpsky haciendo el signo «arriba-ro mío» a Herbert Terrace*

que tenía en mente: «Arriba Susana; Susana arriba; mío, por favor, arriba; dame bebé; por favor zapato; más mío; arriba, por favor; por favor, arriba; más arriba; bebé abajo; zapato arriba; bebé arriba; por favor, sube» (Gardner y Gardner, 1971, 1975).

David Premack (1971, 1976) utilizó un conjunto de fichas de plástico para enseñar a una chimpancé llamada Sara el significado de un conjunto de 130 símbolos con los que podían comunicarse entre sí. Premack podía formular a Sara preguntas bastante abstractas tales como: «¿A qué es igual una manzana?» Sara podía responder seleccionando las fichas que significaban «rojo», «redondo», «tallo» y «menos deseable que uvas». Premack hizo un esfuerzo especial para incorporar algunas reglas gramaticales rudimentarias a su lenguaje humano-chimpancé. Sara podía, por ejemplo, responder adecuadamente a la orden mediante fichas de plástico: «Sara, coloca la banana en el cubo y la manzana en el plato.» Sin embargo, Sara no formulaba estas peticiones complejas a Premack.

Otro intento con un chimpancé llamado Lana se sirvió de un teclado controlado por un ordenador y un lenguaje escrito conocido como yerkish (fig. 8.2). Lana podía leer y escribir oraciones tales como:



FIG 8.2 Lana usando el yerkish para comunicarse con una computadora
Lana puede leer y «escribir» 71 tarjetas.

«Por favor, máquina, haz que se abra la ventana», distinguiendo correctamente entre oraciones que empiezan adecuada e inadecuadamente y que tienen combinaciones permitidas y prohibidas de palabras yerkish en secuencias permitidas y prohibidas (Rambaugh, 1977).

Tanto Washoe como Lucy, una chimpancé criada por Roger Fouts, aprendieron a generalizar el signo para designar «sucio» a partir del signo que designaba «heces». ¡Lucy se lo aplicaba a Fouts cuando éste se negaba a hacer o a darle lo que le pedía! Asimismo, Lucy inventó las combinaciones «gritar daño comida» para denominar los rábanos y «fruta dulce» para designar la sandía. Koko, una gorila entrenada por Francine Patterson, estableció la marca de manejar hasta 300 palabras Ameslan (fig. 8.3). Denominaba al anillo «brazalete dedo», «tigre blanco» a

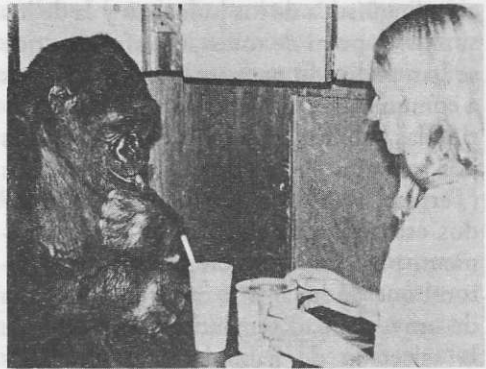


FIG. 8.3 Koko
Koko dando el signo «servir-beber» a su profesora, Francine Patterson.

la cebra y «sombrero rojo» a la máscara. Además, Koko comenzó a hablar sobre sus sentimientos internos, designando la alegría, la tristeza, el miedo y la vergüenza (Hill, 1978: 98-99).

Un logro notable de estos estudios es que han demostrado que los chimpancés que manejan signos pueden transmitir su capacidad a chimpancés que no los manejan sin ayuda de la mediación humana. Loulis, una chimpancé de diez meses, fue presentada a Washoe, quien adoptó a la pequeña e inmediatamente comenzó a dirigirse a ella con signos. A los 36 meses, Loulis utilizaba 28 signos que había aprendido de Washoe. Pasados unos 5 años de aprendizaje con Washoe y otros dos chimpancés que manejaban signos, Loulis había adquirido el uso de 55 signos sin intervención de seres humanos.

Más sorprendente es todavía el hecho de que Washoe, Loulis y otros chimpancés que manejaban signos los usaran regularmente para comunicarse entre ellos aun cuando no hubiera humanos presentes. Estas «conversaciones», que fueron grabadas en vídeo, se dieron entre 198 y 649 veces al mes (Fouts y Fouts, 1985).

Es evidente, sin embargo, que todavía existe una gran distancia entre la actua-

ción lingüística de los humanos y la de los simios. A pesar de todos los esfuerzos que se han realizado para enseñar a los simios a comunicarse, ninguno de ellos ha adquirido las habilidades lingüísticas que damos por sentadas en cualquier niño de 3 años (Terrace, 1979). Lo que han mostrado todos estos experimentos es que es enteramente plausible concebir una selección natural que dé lugar a la capacidad humana de universalidad semántica por medio de la selección de habilidades intelectuales que se hallaban ya presentes de forma rudimentaria entre nuestros ancestros homínidos semejantes a los simios (Parker, 1985: 622).

✓ Productividad

Los lenguajes humanos consiguen su universalidad semántica, en parte, al poseer el rasgo conocido como *productividad* (Hockett y Asher, 1964). Para cualquier mensaje que enviemos siempre podremos agregar otro cuyo contenido informativo no se puede predecir a partir de la información existente en los mensajes anteriores.

Los lenguajes no humanos tienen sólo poderes limitados de productividad. El estudio clásico de C. R. Carpenter (1940) sobre el lenguaje de los gibones muestra los límites de productividad de los lenguajes primates no humanos en contextos naturales. Carpenter descubrió que los gibones tienen nueve tipos principales de llamadas. Estas llamadas transmiten información socialmente útil tal como: «estoy aquí»; «estoy enfadado»; «seguidme»; «aquí está el alimento»; «¡peligro!»; «estoy herido». Puesto que cada llamada puede repetirse en diferente volumen y duración, el sistema de gibón posee cierto grado de productividad. Por ejemplo, el gibón puede decir «¡peligro!» con diferen-

tes grados de énfasis más o menos equivalentes a la serie: «¡peligro!»; «¡peligro!, ¡peligro!»; «¡peligro!, ¡peligro!, ¡peligro!»; etc. Pero esta serie muestra una productividad exigua, ya que la cantidad de información transmitida no aumenta al unísono con la longitud del mensaje. Una llamada de «peligro» repetida veinte veces seguidas no difiere mucho, desde el punto de vista de la información, de la llamada de «peligro» repetida 19 veces. Por contraposición, la productividad del lenguaje humano es sumamente eficiente. Para transmitir información cada vez más específica en un campo concreto, nuestros mensajes no necesitan alargarse indefinidamente. Podemos decir: «tened cuidado, hay un extraño movimiento allí»; «creo ver un leopardo»; «está en aquel árbol». Además, estas capacidades únicas de productividad no están constreñidas al pequeño conjunto de campos «de los que hablan» los gibones y otros primates. Antes bien, somos capaces de producir un número infinito de mensajes acerca de un número finito de materias.

✓ Desplazamiento

Otro componente de la universalidad semántica es el rasgo conocido como *desplazamiento* (Hockett y Ascher, 1964). Un mensaje está desplazado cuando el emisor o receptor no tiene ningún contacto sensorial directo e inmediato con las condiciones o acontecimientos a los que se refiere el mensaje. Por ejemplo, no tenemos ninguna dificultad en hablar unos con otros de acontecimientos, como partidos de fútbol, después de haber finalizado, o de otros, como encuentros y citas, antes de que ocurran. El lenguaje humano es capaz de comunicar una infinidad de detalles sobre una infinidad de campos desplazados. Esto contrasta con

todos los demás sistemas de comunicación infrahumanos. Por ejemplo, entre los antropoides, normalmente sólo el oyente muestra algún grado de desplazamiento, como cuando un mensaje de «peligro» es comprendido a distancia. Pero el emisor debe estar en contacto sensorial con la fuente de peligro para dar una alarma adecuada. Un gibón no dice: «¡Peligro! Puede haber un leopardo al otro lado de esta colina.» En cambio, en la comunicación humana tanto el emisor como el receptor están frecuentemente desplazados. Hablamos de forma rutinaria sobre individuos, lugares y cosas vistos, oídos o sentidos en el pasado o futuro, o de los que otros nos han hablado, o que gozan de una existencia totalmente imaginaria.

El desplazamiento es el rasgo que, normalmente, se tiene en mente cuando se atribuye al lenguaje humano la capacidad de transmitir «información abstracta». Algunas de las mayores glorias de la vida humana —incluyendo la poesía, la literatura y la ciencia— dependen del desplazamiento; pero también algunos de nuestros más vergonzantes logros: las mentiras y falsas promesas. Como dice Santiago:

Pero ningún hombre puede domar la lengua; es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno... De una misma lengua proceden bendición y maldición (Santiago, 3: 6-11).

Pero los hombres no son los únicos que mienten. Los pájaros, por ejemplo, a menudo llevan a los depredadores lejos de los nidos fingiendo tener las alas rotas, y muchos animales «se hacen los muertos». Hasta hace poco, se pensaba que este tipo de engaños se daba sólo entre miembros de diferentes especies. No obstante, ahora se sabe que los pájaros dan «falsas alarmas» a los miembros de su propia especie con objeto de disfrutar para ellos solos de

un árbol frutal. Asimismo, los chimpancés ocultan sus expresiones faciales para evitar que chimpancés competidores detecten su miedo (De Waal, 1983).

Arbitrariedad

Otro rasgo sorprendente de los lenguajes humanos es el grado sin precedentes con que se construyen a partir de sonidos cuya forma física y significado no han sido programados en nuestros genes. La mayor parte de los sistemas de comunicación infrahumanos consiste en señales genéticamente estereotipadas cuyo significado depende de una conducta descodificadora genéticamente programada. Por ejemplo, al comunicar su receptividad sexual, una perra emite señales químicas, cuya interpretación está genéticamente programada en todos los perros sexualmente maduros. Las pautas de llamada de los primates, como las de los gibones de Carpenter, están algo menos vinculadas a programas genéticos específicos y se sabe que varían entre grupos locales de la misma especie. Pero el repertorio básico de señales de los sistemas de comunicación de los primates es específico de la especie. Las expresiones faciales, los gestos manuales, los gritos, quejidos y chillidos de los chimpancés constituyen un repertorio genéticamente controlado que es compartido por todos los chimpancés.

No sucede así con los lenguajes humanos. Bien es verdad que la capacidad general para el lenguaje humano es también específica de la especie. Es decir, la capacidad de adquirir universalidad semántica está genéticamente determinada. Sin embargo, los constituyentes reales de los códigos lingüísticos humanos están prácticamente libres de constricciones genéticas (prescindiendo de aspectos tales como la fisiología del oído y del conducto vocal).

Tomemos como ejemplo los lenguajes de Inglaterra y Francia. Nada hay en los genes del inglés que haga probable que vocablos tales como «water», «dog» o «house» formen parte de su lenguaje. Estas palabras son arbitrarias, porque: 1) no aparecen en la conducta lingüística de la mayor parte de los seres humanos; 2) poblaciones vecinas de Francia con las que hay un flujo importante de genes utilizan «eau», «chien» y «maison» para transmitir significados similares, y 3) todas las criaturas humanas normales provenientes de cualquier población adquirirán las palabras inglesas o francesas con igual facilidad, dependiendo de que sean endoculturados (véase pág. 146) en Inglaterra o Francia respectivamente.

Hay otro sentido importante en el que el lenguaje humano es arbitrario. Los elementos codificadores del lenguaje humano carecen de una relación física regular con los acontecimientos y propiedades que significan. Es decir, no hay ninguna razón física intrínseca para que «agua» designe agua. Muchos sistemas de comunicación infrahumanos, por el contrario, se basan en elementos codificadores que se asemejan, forman parte de o son análogos a los objetos que denotan. Por ejemplo, las abejas descubren la ubicación de las fuentes de néctar olfateando los granos de polen adheridos a las patas de sus compañeras de colmena. Los chimpancés comunican amenazas de violencia rompiendo ramas y agitándolas o arrojándolas. Aunque también los humanos nos comunicamos frecuentemente mediante *símbolos iconográficos* —como amenazar con el puño o apuntar a un objeto deseado—, los elementos en el lenguaje hablado tienen normalmente una relación arbitraria con su significado. Incluso palabras como «gau-gau» o «chist» son arbitrarias. «Ding dong» puede sonar como una campana para los hablantes del inglés, pero

no para los alemanes, para quienes las campanas tañen «bim-bam».

La dualidad de organización

La universalidad semántica humana se logra por medio de un número notablemente pequeño de sonidos arbitrarios que se denominan *fonemas*. Los fonemas son sonidos que los hablantes nativos perciben como distintos —es decir, como contrastantes con otros sonidos.— Los fonemas aislados carecen de significado, pero cuando se combinan en secuencias prescritas transmiten un significado definido. Los sonidos contrastantes en la palabra inglesa «cat» no significan nada por sí solos; pero combinados significan un pequeño animal. En orden inverso («tack»), los mismos sonidos significan una pequeña tachuela o una maniobra de navegación. Así, los elementos básicos en el lenguaje humano tienen *dualidad de organización*: los mismos sonidos contrastantes se combinan y recombinan para formar mensajes diferentes.

Teóricamente, la universalidad semántica se puede obtener mediante un código cuya dualidad de organización se base en dos señales distintivas. Tal es el caso en realidad de los puntos y rayas del Código Morse y de los signos binarios 0 y 1 de los ordenadores digitales. Pero un lenguaje natural con sólo dos fonemas requeriría una cadena mucho más larga de formas por mensaje medio que uno que tenga varios fonemas. El número más pequeño de fonemas que se conoce en un lenguaje natural es de trece en el hawaiano. El inglés tiene entre 35 y 40 (dependiendo de la autoridad que se cite). Una vez que existen unos diez fonemas o más, no hay ninguna necesidad de producir cadenas excepcionalmente largas por mensaje. Por ejemplo, un repertorio de 10 fonemas pue-

de combinarse para producir 10.000 palabras diferentes integradas cada una por cuatro fonemas. Ahora examinaremos más detenidamente cómo pueden identificarse los fonemas y cómo se combinan para formar locuciones con significado.

• Sistemas fonémicos

Los fonemas consisten en sonidos *etic* llamados *fonos*. Para que los fonos de una lengua sean eficientes como elementos codificadores, deben ser claramente distinguibles. Una manera de alcanzar un conjunto bien definido de fonos es hacer que cada uno de ellos contraste lo más posible con cualquier otro. Pero, ¿cuándo contrasta un fono con otro? No hay dos fonos que contrasten de modo «natural» entre sí. Si podemos distinguir un fonema de otro, sólo es porque como parlantes nativos hemos aprendido a aceptar y reconocer ciertos fonos, pero no otros, como contrastantes. Por ejemplo, los hablantes del inglés automáticamente consideran la [t] en «ten» y la [d] en «den» como sonidos contrastantes. (Un símbolo entre corchetes denota un fono.) Sin embargo, estos dos sonidos comparten en realidad muchos rasgos fonéticos —es decir, acústicos— en común. Es la cultura, no la naturaleza, la que los hace significativamente diferentes.

¿Cuál es la diferencia crítica entre [t] y [d] para los hablantes del inglés? Examinaremos los rasgos articulatorios, es decir, la manera en que son producidos por el conducto vocal (fig. 8.4). Obsérvese que cuando se producen ambos sonidos, la punta de la lengua presiona contra el arco alveolar justamente por detrás de la parte de arriba de los dientes. Obsérvese, además, que cuando se producen ambos sonidos, el flujo de la columna de aire proveniente de los pulmones es interrumpido

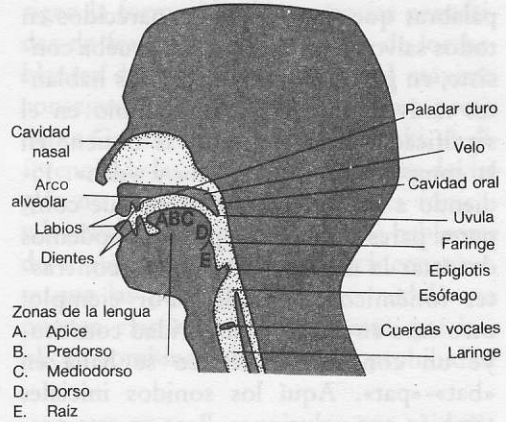


FIG. 8.4 Partes del conducto vocal

momentáneamente y después liberado sólo para formar el resto de los sonidos en la locución. ¿De qué manera, entonces, son diferentes? La principal diferencia articulatoria entre [t] y [d] consiste en la manera en que la columna de aire pasa a través de las cuerdas vocales. La vibración de las cuerdas vocales produce un efecto *sonoro* en el caso de la [d], pero no en el caso de la [t]. La [t] y la [d] se describen fonéticamente como *oclusiones alveolares*, pero la [d] es una *oclusión alveolar sonora*, mientras que la [t] es una *oclusión alveolar sorda*. El uso de una oclusión alveolar sorda y sonora para distinguir locuciones tales como «ten»-«den», «tock»-«dock», «to»-«do», «train»-«drain», es un dispositivo totalmente arbitrario característico del inglés, pero ausente en muchas otras lenguas. Así, el sistema fonémico de una lengua determinada se compone de conjuntos de fonos que son arbitraria e inconscientemente percibidos por los hablantes como contrastantes.

La estructura del sistema fonémico de una lengua determinada —su sistema de contrastes fónicos— se pone de manifiesto examinando variaciones fonéticas observadas dentro del contexto de pares de

palabras que tienen sonidos parecidos en todos salvo en un aspecto. La prueba consiste, en parte, en preguntar a los hablantes nativos si detectan un cambio en el significado. Esto es lo que se obtiene en la comparación entre «ten» y «den». Pidiendo a los hablantes nativos que comparen pares similares de palabras podemos detectar la mayor parte de los contrastes fonémicos en inglés. Por ejemplo, otro caso en el que la sonoridad constituye un contraste fonémico se halla en «bat»-«pat». Aquí los sonidos iniciales también son oclusiones. Pero en esta ocasión se forman juntando ambos labios y se llaman *oclusiones bilabiales*. De nuevo, una de las conclusiones [b] es sonora, mientras que la otra [p] es sorda. Es sólo el hecho de que estos fonos sean contrastantes desde el punto de vista de los hablantes nativos lo que valida la clasificación de estos dos sonidos como fonemas diferentes. Es este hecho el que es generalizado cuando los términos *emic*, de *fonémico*, y *etic*, de *fonético*, se aplican a otras áreas de la cultura (véase pág. 154).

Para el oído entrenado del lingüista, muchas diferencias fónicas que pasan desapercibidas al hablante nativo aparecerán como posibles contendientes por el estatus fonémico. Por ejemplo, la supresión de la obstrucción labial en la locución «pat» va acompañada de un ligero soplo de aire que no encontramos al principio de «bat». Este rasgo fonético se conoce como *aspiración* y puede fácilmente detectarse si se coloca la mano junto a los labios y se pronuncia primero «pat» y después «bat» varias veces seguidas. Por tanto, una descripción fonética más precisa de la [p] en «pat» consiste en que es una *oclusión sorda bilabial aspirada*, cuyo símbolo fonético es [p^h]. Ambas /p/ aspirada y no aspirada aparecen en inglés. (Un símbolo entre líneas inclinadas indica un fonema.) De ahí surge la cuestión de si [p]

y [p^h] constituyen fonemas diferentes. No hay ninguna locución inglesa significativa en la que la sustitución de [p^h] por [p] altere su significado. En efecto, [p] y [p^h] están en *distribución complementaria*; es decir, aparecen regularmente en diferentes medios fónicos. Sonidos muy semejantes, pero no distintivos como [p] y [p^h], se llaman *alófonos*. En cierto sentido, cualquier caso específico de un fonema determinado es un alófono, puesto que, tanto en términos de articulación como de efecto acústico, dos expresiones nunca son exactamente iguales. Un fonema determinado, entonces, designa una gama o clase de alófonos.

Los fonos que aparecen regularmente en una lengua puede que no aparezcan en absoluto en otra. Cuando el mismo fono aparece en dos lenguas, puede ser fonémico en una lengua, pero no en la otra. Y cuando fonos similares son fonémicos en dos lenguas, pueden tener un conjunto diferente de alófonos libres y condicionados.

Por ejemplo, en el chino, las [t] aspirada y no aspirada no fonémicas de las palabras inglesas «tick» y «stick» son fonémicas. Asimismo, el chino utiliza diferencias tonales «sing-song» como contrastes fonémicos en formas que el inglés no hace. Por otra parte, en inglés, las diferencias fónicas iniciales en «luck» y «rot» son fonémicas, mientras que en chino no (en una posición inicial). De ahí que «rots of ruck» suene igual que «lots of luck» a un chino que aprende inglés.

Los morfemas

Las unidades más pequeñas de la lengua que tienen un significado definido se denominan *morfemas*. Cada morfema, como cada fonema, designa una clase de unidades básicas. En este caso, los cons-

tituyentes de la clase se llaman *morfos*. Así como los fonemas son una clase de alófonos, también los morfemas son una clase de *alomorfos*. Por ejemplo, los prefijos ingleses *un-*, como en «unsafe», e *in-*, como en «insane», son morfos que pertenecen a un morfema que significa «no».

Los morfemas pueden consistir en fonemas únicos o en cadenas de fonemas en muchas combinaciones y permutaciones diferentes. Algunos morfemas pueden aparecer aislados, por contraposición a los que sólo pueden aparecer en conjunción con otros morfemas. «Hello», «stop», «sheep» son morfemas *libres* porque pueden constituir la totalidad de un mensaje bien formado («Are those goats or sheep?» «Sheep»). Pero el /-ed/ para formar el pasado de «talked» o «looked» y el /-er/ de «speaker» o «singer» son morfemas *ligados* porque nunca pueden constituir por sí solos mensajes bien formados. Las lenguas varían ampliamente en cuanto a su dependencia de morfemas libres o ligados. Por ejemplo, el chino tiene muchos morfemas libres, mientras que el turco tiene muchos morfemas ligados. Las palabras son morfemas libres o combinaciones de morfemas que pueden constituir mensajes bien formados. (Según esta definición, el artículo «the» no es una palabra, sino un morfema ligado.)

Gramática: reglas que rigen la construcción de morfemas

La gramática consiste en conjuntos de reglas inconscientes para combinar los fonemas en morfemas y los morfemas en oraciones apropiadas. Algunos lingüistas también incluyen las reglas para interpretar el significado de las palabras y las reglas para hablar con propiedad en contextos concretos como parte de la gramática. Podemos ver la existencia de reglas que

rigen la formación de secuencias permitidas de fonemas en la reacción de los hablantes de inglés al nombre del máximo consejero de seguridad del antiguo presidente Carter, Zbigniew Brzezynski. A diferencia de las reglas del polaco, las del inglés no permiten combinaciones fónicas tales como «zb». Asimismo, los hablantes del inglés saben por una regla inconsciente que las palabras «btop» o «ndak» no pueden existir en inglés, puesto que implican combinaciones fónicas prohibidas.

Gramática: sintaxis

Reglas inconscientes similares rigen la combinación de morfemas en oraciones. Esta rama de la gramática se llama *sintaxis*. Los hablantes nativos pueden distinguir entre oraciones gramaticales y no gramaticales aun cuando nunca hayan oído antes las combinaciones concretas. Un ejemplo clásico:

- a. *Colorless green ideas sleep furiously.*
- b. *Furiously sleep ideas green colorless*.*

La mayoría de los hablantes del inglés reconocerían la frase *a* como una locución gramatical, pero rechazarían la *b* como no gramatical, aunque ambas parezcan igualmente sin sentido.

Los hablantes nativos rara vez pueden enunciar las reglas que rigen la construcción de locuciones gramaticales. Incluso una transformación tan simple como la del singular en plural es difícil de formar como regla consciente. Como se ha visto, si se añade una *s*, «cat» se convierte en «cats», «slap» en «slaps», «fat» en «fats»; pero otra cosa sucede con «house»-«houses», «rose»-«roses», «nose»-«noses» y

* Ambas oraciones carecen de sentido; pero la primera es correcta desde un punto de vista gramatical, en tanto que la segunda no. (N. del T.).

sucede otra cosa de nuevo con «crag»-«crag», «flag»-«flags», «hand»-«hands». (Se emplean tres alomorfos diferentes —/s/, /-ez/ y /-z/— según una compleja regla que la mayoría de los hablantes nativos del país no pueden formular.)

El conjunto de reglas estructurales inconscientes y el hecho de que estas reglas sean compartidas por los miembros de una comunidad lingüística hacen posible que los seres humanos produzcan e interpreten un número potencialmente infinito de mensajes, ninguno de los cuales necesita repetir con exactitud otro anterior. Noam Chomsky ha descrito esta conducta de la siguiente manera:

La conducta lingüística normal... como hablante, lector u oyente, se encuentra generalmente ante locuciones nuevas, locuciones que no tienen ninguna semejanza física o formal con ninguna de las que se han producido alguna vez en la experiencia pasada del oyente o, a este respecto, en la historia del lenguaje, por lo que hasta ahora se sabe (1973: 118).

La estructura profunda

¿Cómo es posible que creemos tantos mensajes diferentes y, no obstante, sean comprendidos? Nadie está totalmente seguro de la respuesta a esta pregunta. Una de las teorías más populares es la propuesta por Chomsky. Según Chomsky, toda locución tiene una *estructura superficial* y una *estructura profunda*. Las estructuras superficiales pueden parecer diferentes y, sin embargo, tener estructuras profundas idénticas. Por ejemplo, «meat and gravy are loved by lions» (La carne y el jugo son amados por los leones) es superficialmente diferente de la oración «Lions love meat and gravy» (Los leones aman la carne y el jugo). Sin embargo, ambas oraciones toman como modelo una tercera oración: «Lions love meat and lions love

gravy» (Los leones aman la carne y los leones aman el jugo). Esta tercera oración refleja con más exactitud la «estructura profunda» que se puede transformar en varias frases superficialmente diferentes.

¿Cuál es la estructura profunda de una oración como «John knows a kinder person than Bill?» (¿John conoce una persona más amable que Bill?). Obsérvese que el significado de esta oración es ambiguo. ¿Conoce John una persona más amable que la que conoce Bill, o conoce John una persona más amable de lo que lo es Bill? Debe haber dos estructuras profundas diferentes que se han confundido en una única estructura superficial ambigua (Katz, 1971: 79-81).

Teóricamente, un conocimiento de las reglas de transformación debería también conducir a la identificación de las estructuras profundas que subyacen en formas aparentemente diferentes de decir lo mismo. Por desgracia, aún no ha resultado posible identificar todas las reglas de transformación en ninguna lectura determinada, y muchos lingüistas están convencidos de que existe una diferencia en el significado entre las oraciones de estructura profunda y sus transformaciones de estructura superficial (Silverstein, 1972: 376).

Un rasgo esencial de la noción de gramática de Chomsky es que, en los niveles más profundos, todos los lenguajes humanos comparten una estructura innata específica de la especie. Es la existencia de esta estructura innata la que hace posible que los niños aprendan a hablar a temprana edad y la que hace posible traducir cualquier lenguaje humano a cualquier otro lenguaje humano. Otras autoridades, sin embargo, dudan de la existencia de una gramática innata y atribuyen la adquisición de las habilidades del lenguaje por los niños a procesos ordinarios de aprendizaje.

La adquisición del lenguaje

¿Cómo aprenden los niños a hablar un lenguaje concreto? Recientes investigaciones muestran que la adquisición del lenguaje se desarrolla paso a paso, desde el aprendizaje de fonemas, simples morfemas y reglas gramaticales hasta vocabularios y reglas estructurales cada vez más complejos. Se ha descubierto que los niños no aprenderán a hablar simplemente si oyen hablar a otros. Un muchacho con una audición y comprensión normales, pero con padres sordos que se comunicaban en el Ameslan, veía y escuchaba la televisión todos los días. Sus padres esperaban que aprendería inglés. Por ser asmático, el niño permanecía en casa y sólo interactuaba con personas que se comunicaban en un lenguaje de signos. A los tres años de edad dominaba con fluidez el Ameslan, pero ni comprendía ni hablaba el inglés. Esto demuestra que, para aprender una lengua, los niños tienen que poner a prueba y mejorar sus conocimientos aproximativos de los fonemas, morfemas y gramática interactuando con otras personas. En otras palabras, aunque los seres humanos tienen una capacidad desarrollada única y específica de la especie para el lenguaje, no empezamos automáticamente a hablar tan pronto como oímos a otros hacerlo. Aprendemos nuestras lenguas usándolas para hacer peticiones y responder a las peticiones que otros nos hacen (Moscowitz, 1978: 94b).

¿Hay lenguajes superiores e inferiores?

Los lingüistas europeos del siglo XIX estaban convencidos de que las lenguas del mundo se podían disponer en un orden jerárquico. Siempre otorgaban el premio de la eficiencia, elegancia y belleza al latín, y el dominio de la gramática latina

fue durante largo tiempo una condición previa para el éxito académico en Occidente.

A partir del estudio de las lenguas indias americanas, los lingüistas de orientación antropológica, dirigidos por Franz Boas (véase cap. 25), mostraron que la creencia en la superioridad de las «gramáticas civilizadas» era insostenible. Se descubrió que las reglas gramaticales estaban presentes en toda la gama, desde sistemas relativamente simples hasta sistemas relativamente complejos, entre pueblos de todos los niveles de desarrollo tecnológico y político. La conclusión del gran lingüista de orientación antropológica Edward Sapir (1921: 234) continúa indiscutida: «Cuando se llega a la forma lingüística, Platón camina junto con el porquero macedónico; Confucio, con los salvajes cazadores de cabezas de Assam.»

Como evidencia de que un lenguaje es más «primitivo» que otro, se citan frecuentemente otros tipos de diferencias lingüísticas. Por ejemplo, en los lenguajes de los nativos brasileños tupi existen numerosas palabras para designar a los diversos tipos de papagayos, pero no existe un término para designar a los papagayos en general. Este hecho se ha atribuido a un supuesto primitivismo de su capacidad lingüística. Por otra parte, algunos lenguajes parecen carecer de términos específicos. Así, existen lenguajes que no poseen palabras específicas para números mayores que el cinco, de tal manera que para referirse a las grandes cantidades simplemente se usa «mucho». También esto se ha atribuido a una pretendida deficiencia lingüística.

Estas evaluaciones no tienen en cuenta el hecho de que el grado en que el discurso es específico o general refleja la necesidad culturalmente definida de ser específico o general, no la capacidad lingüística de transmitir mensajes sobre fenóme-

nos específicos o generales. Un indio brasileño tiene poca necesidad de distinguir los loros en general de otras aves, pero necesita distinguir un loro de otro, puesto que cada tipo es valorado por su plumaje. El individuo ordinario en una sociedad de pequeña escala del tipo de las bandas o aldeas puede denominar e identificar de 500 a 1.000 especies diferentes de plantas, pero el habitante ordinario de una ciudad moderna normalmente sólo puede denominar de 50 a 100 de estas especies. Paradójicamente, los habitantes de la ciudad suelen tener un conjunto más complejo de términos generales, como *planta*, *árbol*, *arbusto*, *enredadera*, que los pueblos de las bandas y aldeas, para los que tales cualidades tienen poco valor práctico (Witowski y Brown, 1978: 445-446). El inglés, que tiene términos para muchos vehículos especiales —*cart* (carro), *stretcher* (parihuelas), *auto*, *sled* (trineo), *snowmobile* (automóvil para la nieve)—, carece en cambio de un término general para los vehículos de ruedas. Sin embargo, esto no impide comunicar sobre los vehículos de ruedas, como cosas diferentes de los trineos o los helicópteros, cuando surge la necesidad. Asimismo, la ausencia de términos para números altos significa, normalmente, que hay pocas ocasiones en las que es útil especificar con precisión grandes cantidades. Cuando estas ocasiones se hacen más frecuentes, cualquier lenguaje puede afrontar el problema de la numeración repitiendo el término mayor o inventando otros nuevos.

Se ha descubierto que las sociedades de pequeña escala tienden a tener lenguas con menos términos para los colores que las sociedades más complejas. Algunas lenguas sólo poseen términos diferentes para contrastes de luminosidad como los designados por negro y blanco. Con la evolución de las jefaturas y estados, las lenguas tienden a añadir más distinciones de

color, ajustándose a una secuencia regular: rojo → marrón → rosa, naranja, morado. El surgimiento de estos términos diferentes para los colores está, probablemente, relacionado con el creciente control tecnológico de tintes y pinturas (Witowski y Brown, 1978). De manera similar, muchos lenguajes usan un solo término para designar «mano» y «brazo», así como para referirse a «pierna» y «pie». Se ha encontrado que esta carencia de distinción se correlaciona con los lenguajes hablados por pueblos que viven en los trópicos y llevan poca ropa. Entre las gentes que viven en climas más fríos y visten artículos especiales para las diferentes partes del cuerpo (guantes, botas, mangas, calzoncillos), se tiende a designar las extremidades con términos distintivos (Witowski y Brown, 1985).

En cualquier caso, estas diferencias son necesariamente superficiales. La productividad semántica es infinita en todas las lenguas conocidas. Cuando surge la necesidad social, cualquier lengua puede desarrollar los términos apropiados a la civilización industrial. Esto se puede conseguir bien mediante el préstamo directo de las palabras de una lengua a otra (*sputnik*, *blitzkrieg*, *garage*), o bien mediante la creación de nuevas palabras basadas en nuevas combinaciones del repertorio existente de morfemas (*radiométrico*, *ferrocarril*, *periódico*). Nunca ha existido una cultura que no encontrara palabras para expresarse, al menos a largo plazo.

Lenguaje, clase social y etnicidad

Otra forma en la que se manifiesta la pretensión de superioridad lingüística está asociada a las variaciones dialectales características de las sociedades estratificadas (véase pág. 438). Oímos hablar de la gramática «subestándar» o pronunciación

«subestándar» de una clase social o un grupo étnico particular. Estas afirmaciones no tienen ninguna base en la ciencia lingüística, salvo que se admita que todas las lenguas contemporáneas son versiones corruptas y «subestándar» de lenguas más primitivas.

Cuando la variante dialectal de un segmento de una comunidad lingüística más amplia se etiqueta de «subestándar», normalmente se trata de un fenómeno no tanto lingüístico como político (Hertzler, 1965; Southworth, 1969). La degradación de los dialectos a un estatus inferior sólo se puede comprender como parte del proceso general mediante el cual los grupos dirigentes intentan mantener su posición dominante (véase cap. 19). Desde el punto de vista lingüístico, la fonología y gramática de las clases pobres e incultas son tan buenas como las de las clases ricas, educadas y poderosas.

Este punto no debe confundirse con el problema de las diferencias funcionales de vocabulario. Los grupos explotados y desvalidos carecen a menudo de palabras y conceptos especializados y técnicos a causa de su limitada experiencia educativa. Esto constituye un *handicap* real en la búsqueda competitiva de puestos de trabajo. Pero esto nada tiene que ver con la cuestión de la adecuación de los sistemas fonológicos y gramaticales de los dialectos de etnias y clases bajas (fig. 8.5).

A menudo, educadores bien intencionados afirman que los niños de las clases bajas y los guetos se crían en un medio ambiente «lingüísticamente pobre». En un detallado estudio sobre la conducta verbal real de los negros en los guetos del norte, William Labov (1972a y b) ha demostrado que esta creencia refleja más bien los prejuicios etnocéntricos de los profesores e investigadores de clase media que un déficit en la estructura gramatical o lógica del dialecto del gueto. El inglés no están-

dar del gueto negro —el inglés vulgar de los negros— contiene algunas formas que son inaceptables en los círculos de la clase media blanca. Entre las más comunes figuran la inversión negativa («don't nobody know»); la concordancia negativa («You ain't goin' to no heaven»); el «be» invariante («when they be sayin'»); el «it» ficticio en vez de «there» («it ain't no heaven»), y la supresión de la cópula («if you bad»). No obstante, la utilización de estas formas en modo alguno impide o inhibe la expresión de pensamientos complejos en pautas concisas y lógicamente coherentes, como se ilustra en una discusión de un joven negro sobre la vida después de la muerte:

Soon as you die, your spirit leaves you. (And where does the spirit go?) Well, it all depends. (On what?) You know, like some people say if you're good an' shit, your spirit goin' t'heaven... 'm'if you bad, your spirit goin' to hell. Well, bullshit! Your spirit goin' to hell anyway, good or bad. (Why?) Why? I'll tell you why. 'Cause, you see, doesn' no body really know that it's a God, y'know, 'cause, I mean I have seen black gods, pink gods, white gods, all color gods, and don't nobody know it's really a God. An' when they be saying' if you good, you goin' t'heaven, tha's bullshit, 'cause you aint't goin' to no heaven, causen it aint't no heaven for you go to. [En cuanto te mueres, tu alma se va. (¿Y a dónde va el alma?) Pues depende. (¿De qué?) O sea, hay tipos que dicen que si te portas de puta madre, tu espíritu se va al cielo... y si no se va al infierno. ¡Menuda bola! Tu alma se va al infierno de todas maneras, seas bueno o malo. (¿Por qué?) Que ¿por qué? Te lo voy a decir. Porque aquí nadie sabe si hay un Dios, que dioses los he visto yo de todos los colores, negros, rosas, blancos, y aquí nadie sabe de verdad si hay Dios. Y cuando te dicen que si eres bueno vas al cielo, te están metiendo un pufo, porque no te vas a ir a ningún cielo, porque no hay ningún cielo adonde ir.] (Labov, 1972a: 214-215.)



FIG. 8.5 *Clase y habla*

Henry Higgins enseñando a Eliza Doolittle a hablar como una persona de la clase alta. De *My Fair Lady*, una adaptación de *Pigmalion*, de George Bernard Shaw, con Rex Harrison y Julie Andrews.

Las propiedades gramaticales de una lengua no estándar no son variaciones fortuitas y arbitrarias. Al contrario, se ajustan a reglas que producen diferencias regulares respecto a la gramática estándar. Todos los dialectos del inglés poseen medios equivalentes para expresar el mismo contenido lógico (véase cuadro 8.1).

Lenguaje, pensamiento y causalidad

Una pregunta que ha sido investigada por los lingüistas durante muchos años es el grado en que diferentes gramáticas y categorías de palabras producen modos de pensar habitualmente incompatibles entre pueblos que pertenecen a diferentes co-

CUADRO 8.1

LENGUAJE Y LOGICA

Cualesquiera problemas que puedan tener los niños de la clase obrera al manejar operaciones lógicas no se deben atribuir a la estructura de su lengua. Nada hay en la lengua vernácula que obstaculice el desarrollo del pensamiento lógico, puesto que no hay modo de distinguir la lógica del inglés estándar de la lógica de cualquier otro dialecto del inglés mediante alguna prueba que podamos hallar (Labov, 1972a: 229).

comunidades lingüísticas (Hymes, 1971; Kay y Kempton, 1984). En el centro de esta controversia está la comparación que hizo el lingüista de orientación antropológica Benjamin Whorf entre ciertas lenguas americanas nativas y la familia de lenguas indoeuropeas, un grupo que incluye el inglés, muchas lenguas de Europa, el hindú, el persa y otras. Según Whorf, cuando dos sistemas lingüísticos tienen vocabularios y gramáticas radicalmente diferentes, sus respectivos hablantes viven en mundos conceptuales totalmente diferentes. Incluso se dice que categorías fundamentales tales como el espacio y el tiempo se experimentan de diferente manera como consecuencia de los «moldes» lingüísticos que constriñen el pensamiento:

Las formas de los pensamientos de una persona están bajo el control de leyes inexorables de las que no es consciente. Estas pautas son las intrincadas sistematizaciones inconscientes de su propia lengua —que se muestran con bastante facilidad en una comparación y contraste ingenuos con otras lenguas, especialmente las de una familia lingüística diferente—. Su mismo pensamiento está en una lengua —en inglés, en sánscrito, en chino—. Y toda lengua es un vasto sistema de pautas, diferentes de los demás, en el que están culturalmente ordena-

das las formas y categorías con las que la personalidad, además de comunicarse, analiza la naturaleza, observa o ignora determinados tipos de relaciones y fenómenos, encauza su razonamiento y construye la casa de su conciencia (1956: 252).

Según Whorf, las oraciones inglesas se construyen de tal forma que indican que alguna sustancia o materia forma parte de un acontecimiento localizado en un tiempo y lugar determinados. El tiempo y el espacio se pueden medir y dividir en unidades. Sin embargo, en las oraciones hopi, los acontecimientos no se localizan con referencia al tiempo, sino más bien a las categorías opuestas de «ser» y «devenir» (fig. 8.6). El inglés estimula a concebir el tiempo como una vara divisible que empieza en el pasado, pasa a través del presente y continúa en el futuro; de ahí los tiempos pasado, presente y futuro de la lengua inglesa. En cambio, la gramática hopi simplemente distingue todos los acontecimientos que ya se han manifestado de todos aquellos todavía en proceso de manifestarse; no tiene ningún equivalente de los tiempos pasado, presente y futuro. ¿Significa esto que un hopi no puede indicar que un acontecimiento ha sucedido en el último mes o que está sucediendo justamente ahora o que sucederá mañana? Naturalmente que no. Pero el argumento de Whorf consiste en que el sistema de tiempos del inglés hace más fácil medir el tiempo, y postulaba algún tipo de conexión entre el sistema de tiempos de las lenguas indoeuropeas y la inclinación de los euroamericanos a leer horarios, efectuar pagos a plazos y fichar en relojes registradores.

En refutación de su tesis, otros lingüistas han señalado que el sistema de tres tiempos que se supone colorea el pensamiento sobre el tiempo realmente no existe en inglés. En primer lugar, no hay nin-

FIG. 8.6 *Indio hopi*

guna forma verbal específica que indique el tiempo futuro en inglés; se emplean formas auxiliares como «will» y «shall». En segundo lugar, los hablantes ingleses emplean frecuentemente el tiempo presente e incluso el pasado para hablar del futuro: «*I'm eating at six this evening*» («como a las seis esta tarde»); «*If I told you, would you do anything?*» («si te lo dijera, ¿harías algo?»). Esto significa que el uso de tiempos en inglés es mucho más relajado y ambiguo que lo que indican las gramáticas de los institutos de segunda enseñanza. Si alguien busca una oportunidad para hacerse un lío sobre el tiempo, el inglés da todas las facilidades (Haugen, 1975).

Una objeción más importante al punto de vista de Whorf consiste en que implícitamente distorsiona las relaciones causales fundamentales entre lengua y cultura. Nadie negará que la ausencia de calendarios, relojes y horarios debe haber dado a sociedades preindustriales, como la de los

hopi, una orientación hacia el tiempo muy diferente de la de las sociedades de la época industrial. Pero no hay ningún dato que respalde la opinión de que la industrialización se ve de alguna manera facilitada o es causada por el hecho de tener un tipo de gramática en vez de otro. Un interés por los calendarios y otros dispositivos para computar el tiempo es un rasgo recurrente del desarrollo social y político asociado a pueblos de lenguas tan diversas como las de los egipcios y los mayas. De hecho, los chinos contribuyeron tanto a la invención de los modernos relojes mecánicos como los europeos. Por otra parte, la falta de interés en el cómputo del tiempo es característica de los pueblos preindustriales en general, desde la Patagonia hasta la Tierra de Baffin y desde Nueva Guinea hasta el desierto de Kalahari —pueblos que hablan mil lenguas diferentes.

Lo que ocurre en el cómputo del tiem-

po también vale para otros aspectos de la cultura. Los aztecas, cuyo poderoso Estado marca el punto culminante del desarrollo político en la América del Norte aborígen, hablaban una lengua estrechamente relacionada con la de los utes, cazadores y recolectores de alimentos. Religiones tan diferentes como el hinduismo, el cristianismo y el budismo han florecido entre pueblos que hablan lenguas indoeuropeas. El malayo-polinesio, bantú y árabe han servido igual de bien como medios para la difusión del islam, mientras que el chino, ruso y español han servido igual de bien para difundir el marxismo. El capitalismo industrial de Japón y Estados Unidos comparte numerosos aspectos, aunque las lenguas japonesa e inglesa muestran escasas semejanzas.

El cambio lingüístico

El lenguaje, como todas las demás partes de la cultura, experimenta constantemente cambios. Estos cambios son provocados por ligeras variaciones fonológicas, morfémicas o gramaticales. A menudo, son identificables como diferencias «dialectales», como las que distinguen el habla de los americanos sureños de la de los habitantes de Nueva Inglaterra o los londinenses. Si grupos de sureños, de habitantes de Nueva Inglaterra y de londinenses tuvieran que marcharse a islas diferentes y perdieran todo contacto lingüístico con sus tierras natales y entre sí, su habla dejaría de ser mutuamente inteligible. Cuanto más tiempo dure la separación, menos semejanza existirá entre ellas.

El proceso de formación de dialectos y aislamiento geográfico es en gran medida responsable de la enorme diversidad de lenguas. Muchas lenguas actuales, mutuamente ininteligibles, son «hijas» de una lengua «madre» común. Podemos ver esto

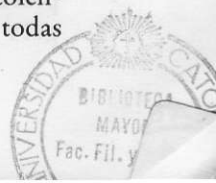
en las semejanzas regulares que las lenguas muestran en sus rasgos fonológicos. Por ejemplo, la /t/ inglesa corresponde a la /z/ alemana, como se puede constatar en las siguientes palabras (según Sturtevant, 1964: 64-66):

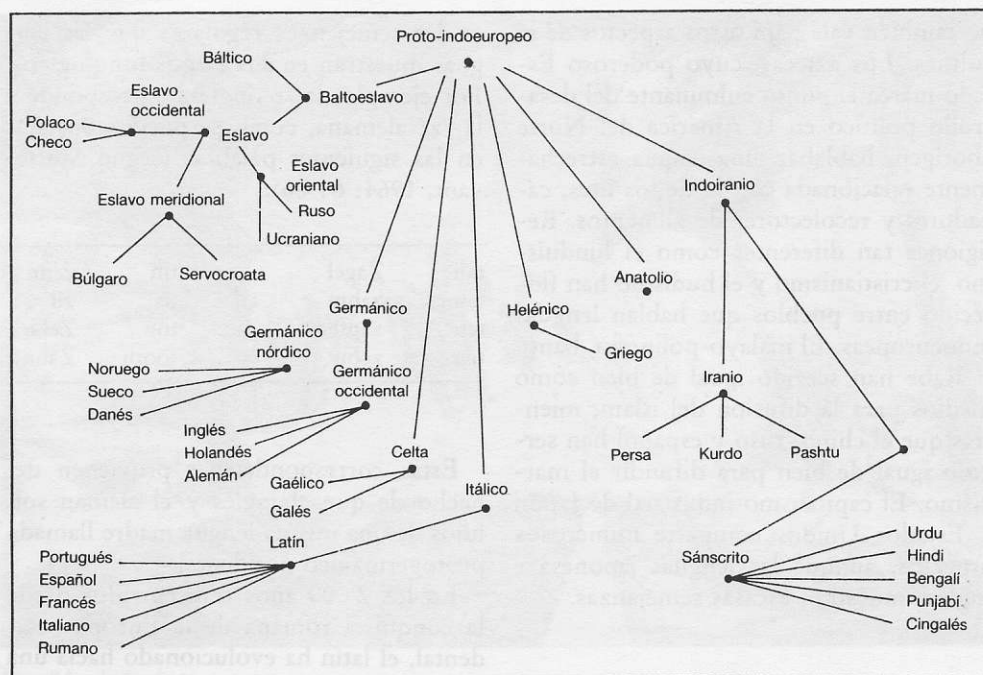
tail	Zagel	tin	Zinn
tame	zahm	to	zu
tap	zapfen	toe	Zehe
ten	zahn	tooth	Zahn

Estas correspondencias provienen del hecho de que el inglés y el alemán son hijos de una misma lengua madre llamada protogermánico occidental.

En los 2.000 años transcurridos desde la conquista romana de la Europa occidental, el latín ha evolucionado hacia una familia entera de lenguas, de las que el francés, italiano, portugués, rumano y español son los principales representantes. Si los lingüistas no conocieran la existencia del latín por los registros históricos, se verían obligados a postular su existencia en base a las correspondencia fónicas dentro de la familia romance. Es evidente que toda lengua hablada contemporánea sólo es una versión transformada de un dialecto de una lengua anterior e incluso en ausencia de registros escritos las lenguas pueden agruparse en base a su «filialidad» desde un antepasado común. Así, en un período más remoto, el proto-germánico occidental no se diferenciaba del latín y de un gran número de lenguas, incluidas las formas ancestrales del hindú, persa, griego, ruso y gaélico —miembros de la familia de lenguas indoeuropeas.

Inferencias basadas en las correspondencias fónicas entre las lenguas indoeuropeas han llevado a los lingüistas a reconstruir el sistema fónico de la protolengua de la que, en última instancia, todas



FIG. 8.7 *Familia de lenguas indoeuropeas*

ellas derivan. Esta lengua se llama *proto-indo-europeo* (fig. 8.7).

Asimismo, las lenguas pueden cambiar sin que exista una separación geográfica entre diferentes sectores de una misma comunidad lingüística. En un período de mil años, el inglés, por ejemplo, cambió de su forma antigua a la moderna como consecuencia de modificaciones en la pronunciación y el préstamo de palabras de otras lenguas. Estas dos lenguas son hoy en día mutuamente ininteligibles (véase cuadro 8.2). Como ilustran estos cambios, el inglés moderno se puede considerar como una «corrupción» del antiguo inglés. De hecho, todas las lenguas modernas son «corrupciones» de lenguas más antiguas. Esto no impide a la gente formar comités para salvar el «inglés del rey» o proteger la «pureza» del francés. Sin embargo, la previsión del cambio lingüístico es tan segura que los lingüistas han desarrollado

una técnica, llamada *glotocronología*, para datar la separación entre dos lenguas. Esta técnica se basa en el supuesto de que, debido al préstamo y a los cambios internos, alrededor del 14 % de las palabras más básicas del vocabulario de una lengua serán sustituidas cada mil años.

Lenguaje y conciencia

El lenguaje y el cambio lingüístico ilustran las notables formas que pueden surgir en la cultura humana sin el designio consciente de los participantes. Como ha señalado Alfred Kroeber:

Los incesantes procesos de cambio en la lengua son principalmente inconscientes o encubiertos, o al menos implícitos. Los resultados del cambio pueden llegar a ser reconocidos por los hablantes de la lengua cambiante; el acto

CUADRO 8.2

EL INGLÉS DEL REY, AÑO 1066

On bissum eare... be he cyning waes, he for ut mid script-herc to eanes Willelme; and ba hwile com Tosti eorl into Humbran mid 60 scipum. Eadwine eorl com mid land-fierde and darf hine ut; and ba butse-carlas hine forsocon, and he for to Scotlande mid 12 snaccum, and hine emette Harald se Norrena cyning mid 300 scipum, and Tosti him tobeag. And man cyode Harolde cyning hu hit waes baer edon and eworden, and he com mid miclum here Engliscra manna and emette hine aet Staengfordes bryecge and hine ofslog, and bone eorl Tosti, and eallne bone here ehtlice ofercom.

Fuente: Crónica anglosajona.

In this year when he [Harold] was king, he went out with a fleet against William; and meanwhile Earl Tosti came into the Humber with sixty ships. Earl Edwin came with a land force and drove him out; and then the sailors forsook him [Tosti], and he went to Scotland with twelve small boats, and Harald, the Norwegian king, met him with three hundred ships, and Tosti submitted to him. And they told King Harold what had been done and had befallen there, and he came with a large army of Englishmen and met him [the Norwegian king] at Stamford Bridge and slew him and Earl Tosti, and courageously overcame the whole army.*

* En aquel año, siendo [Harold] rey, partió con una flota contra Guillermo; y entretanto el conde Tostig se internó en el Humber con sesenta naves. El conde Edwin llegó por tierra con un ejército y le expulsó, y entonces los marinos desertaron de él [Tostig] y marchó hacia Escocia con 12 pequeños botes, y Harald, el rey noruego, salió a su encuentro con trescientas naves y Tostig se rindió a él. Y contaron al rey Harold lo que se había hecho y lo que allí había ocurrido, y llegó con un gran ejército de ingleses. Se enfrentó con él [el rey noruego] en Stamford Bridge, lo mató y al conde Tostig, y valerosamente venció a todo el ejército (N. del T.).

gradual de cambio y, especialmente, las causas se producen, la mayoría de las veces, sin que el hablante se dé cuenta de ellos... Cuando un cambio ha empezado a deslizarse, puede ser tácitamente aceptado o puede ser observado y objeto de resistencia consciente por parecer incorrecto, vulgar o extraño. Pero los motivos subyacentes en los objetores y los impulsos del innovador probablemente son también desconocidos para ellos mismos (1948: 245).

Este aspecto del cambio lingüístico se puede generalizar a cambios en todos los demás sectores de los sistemas socioculturales. Como afirmó hace tiempo Adam Fergusson, un gran filósofo escocés del siglo XVIII, las formas de sociedad, «incluso en las llamadas épocas ilustradas, se dirigen con igual ceguera hacia el futuro». Los sistemas culturales son, «en efecto, el

resultado de la acción humana, pero no la ejecución de un proyecto humano».

Es verdad que somos los únicos animales capaces de hablar de nosotros mismos y de analizar conscientemente nuestros problemas. Sólo nosotros tenemos autoconciencia, lo que para mucha gente es el atributo más importante de la naturaleza humana (C. Smith, 1985). Pero hay algo que normalmente se pasa por alto cuando la conciencia se celebra como la gloria suprema de nuestra especie. Se omite que nuestras mentes están sujetas a restricciones que no afectan a la vida mental de otros organismos. Como vivimos conforme a la cultura, nuestras mentes están moldeadas y canalizadas por la cultura. De ahí que el don de la universalidad semántica tenga tantas cintas atadas a él. El len-

guaje no nos da necesariamente libertad de pensamiento; al contrario, a menudo nos atrapa en ilusiones y mitos. Como vivimos conforme a la cultura y como nuestras mentes son moldeadas por la cultura, tenemos más cosas de qué ser conscientes que otras criaturas. Sólo nosotros debemos luchar por comprender cómo la cultura controla lo que sucede dentro de nuestras cabezas. Sin este nivel adicional de conciencia no se puede decir que la mente humana sea plenamente consciente.

Resumen

La creciente cerebración del *Homo erectus* y del *Homo sapiens* dio lugar a una creciente dependencia de la cultura, y viceversa. Este proceso se alteró drásticamente hace unos 100.000 años, cuando la cultura «despegó», produciéndose la evolución de una gran cantidad de tradiciones a un ritmo rápido y sin que se dieran cambios significativos en el tamaño del cerebro.

Un ingrediente fundamental de este despegue fue el desarrollo de la capacidad humana para la universalidad semántica. Como se ha mostrado con numerosos experimentos, se puede enseñar a chimpancés y gorilas a usar varios cientos de signos. No obstante, si se los compara con los niños de 3 años, los simios no poseen más que una capacidad rudimentaria para la comunicación gramatical. El lenguaje humano es el único que posee universalidad semántica, es decir, la capacidad de producir un número ilimitado de mensajes nuevos sin perder eficacia informativa. En contraste con los gritos de los gibones, por ejemplo, el lenguaje humano posee posibilidades no restringidas de productividad. Uno de los medios más importantes para lograr esta productividad es la arbitrariedad de los elementos que

transmiten la información. A pesar de la importancia de la herencia genética para adquirir el habla, los lenguajes que se hablan en realidad dependen totalmente de la endoculturación; además, las palabras en general carecen de una semejanza física o iconográfica con sus referentes.

Otro componente importante en el logro de la universalidad semántica es la dualidad de organización. Esta alude al uso de elementos codificadores arbitrarios en diferentes combinaciones para producir distintos mensajes. Los elementos codificadores básicos del lenguaje humano son los fonemas o clases de fonos contrastantes. Un fonema consiste en un conjunto de alófonos que contrastan respecto a los alófonos de otros fonemas. Las distintas lenguas tienen repertorios ampliamente diferentes de fonos, fonemas y alófonos. Ninguno de estos elementos porta significado en sí mismo.

La dualidad de organización es ilustrada por la combinación de fonemas en morfemas, que son las unidades mínimas de sonido con significado. Los morfemas son clases de fonemas y comprenden formas variantes llamadas alomorfos. Los morfemas pueden ser libres o ligados, dependiendo de si aparecen solos y constituyen locuciones bien formadas.

La capacidad de enviar y recibir mensajes en un lenguaje humano depende de la existencia de reglas compartidas para combinar los fonemas en morfemas y éstos en oraciones. Estas reglas forman parte de la gramática de una lengua. Normalmente, se sitúan en un plano inconsciente. En el nivel fonémico, especifican las combinaciones permitidas y prohibidas de fonemas; en el nivel morfémico, especifican las secuencias de morfemas y alomorfos que requieren las locuciones bien formadas. Tales reglas se llaman sintaxis. El conocimiento de las reglas de la sintaxis nos permite construir locuciones totalmente

nuevas y, sin embargo, comprensibles. Una teoría que explica esta propiedad de la sintaxis es que existe una estructura profunda a la que se pueden reducir locuciones superficialmente diferentes. Las ora-

ciones nuevas son transformaciones de estas estructuras profundas y se pueden comprender recurriendo a sus componentes subyacentes.